La aventura del Señor Eastwood

Agatha Christie



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

El señor Eastwood miró al techo... luego al suelo. Del suelo su mirada fue ascendiendo lentamente por la pared derecha, y al fin, con un supremo esfuerzo volvió a posarla en la máquina de escribir que tenía ante él.

La página en blanco que había puesto en ella sólo ostentaba este título en letras mayúsculas: «El misterio del segundo pepino».

Un título magnífico. Antonio Eastwood comprendió que cualquiera que leyera aquel título se sentiría inmediatamente intrigado y atraído por él. «"El misterio del segundo pepino" —dirían—. ¿Qué será esto? ¿Un *pepino? ¿El* segundo *pepino?* Tengo que leerlo.» Y quedarían emocionados y encantados por la consumada habilidad con que aquel maestro de la ficción policíaca había tramado aquel excitante misterio alrededor de una simple hortaliza.

El título estaba muy bien. Antonio Eastwood sabía mejor que nadie cómo escribir la historia... lo malo era que no estaba inspirado. Los dos puntos esenciales de una historia son el título y la trama... el resto es sólo cuestión de detalles; algunas veces el mismo título sugiere la trama, y entonces todo es coser y cantar..., pero en este caso el título continuaba adornando la parte superior de la página, y no se le ocurría el menor vestigio de argumento.

Nuevamente Antonio Eastwood buscó inspiración en el techo, en el suelo y en el papel que adornaba las paredes, sin conseguir nada.

—A la protagonista la llamaré Sonia —dijo Antonio para animarse a continuar—. Sonia, o tal vez Dolores... tendrá un cutis pálido como el marfil... de éste que no es debido a enfermedad alguna, y ojos como pozos insondables. Al héroe le llamaremos Jorge, o John... un nombre corto y muy inglés. Luego al jardinero... supongo que tendrá que haber un jardinero..., hay que meter ese condenado pepino como sea... y el jardinero puede ser escocés, con un cómico pesimismo respecto a las heladas tempranas.

Este sistema algunas veces le resultaba, pero aquella mañana no daba pie con bola. Sin embargo, Antonio podía ver a Sonia, Jorge y el jardinero cómico con toda claridad, aunque no demostraban la menor predisposición por cobrar actividad y vida.

—Claro que podría ser un plátano en vez de un pepino —pensó Antonio, desesperado—. O una lechuga, o una col de Bruselas... una col de Bruselas, vaya, ¿qué tal? Un cleptómano de Bruselas... un robo de bonos al portador... un siniestro barón belga...

Por un momento creyó ver un resplandor de luz, pero volvió a apagarse. El barón belga no tomaba forma, y Antonio recordó de pronto que los pepinos y las heladas tempranas son incompatibles, lo cual era el motivo de los jocosos comentarios del jardinero escocés.

—¡Oh! ¡Maldita sea! —exclamó el señor Eastwood.

Y levantándose fue a coger el *Daily Mail.* Era posible que se publicara alguna muerte que le inspirase. Pero aquella mañana las noticias eran principalmente políticas. El señor Eastwood dejó el periódico con disgusto.

A continuación, cogiendo una novela de encima de la mesa, cerró los ojos e introdujo su dedo índice entre sus páginas. La palabra escogida al azar y elegida por la suerte era «oveja». E inmediatamente, con sorprendente brillantez, en el cerebro del señor Eastwood fue desarrollándose una historia

completa. Una muchacha encantadora... su amante muerto en la guerra, ella pierde la razón, y guarda las ovejas en las montañas escocesas... místico encuentro con el amante muerto... y un efecto final con ovejas, y luna, como una pintura académica, con la muchacha muerta sobre la nieve, y *dos rastros de pisadas..*

Era una bonita historia. Antonio salió de su abstracción con un suspiro y sacudió tristemente la cabeza. Subía demasiado bien que el editor en cuestión no deseaba aquella clase de historia... por bonita que fuese. Lo que él quería, y no cesaba de repetirlo (y la verdad era que pagaba muy bien por obtenerlo) eran historias de mujeres misteriosas y morenas, con una puñalada en el corazón, con un protagonista injustamente sospechoso, y el rápido esclarecimiento del misterio, del que siempre resultaba culpable la persona más inesperada, gracias a las pistas más absurdas... en resumidas cuentas... «El misterio del segundo pepino».

Aunque —reflexionó Antonio—, apuesto diez contra uno a que él le cambiaría el título para llamarle alguna estupidez, como, por ejemplo: *«Todos los crímenes son soeces»,* sin consultarme siquiera. ¡Oh, maldito teléfono!

Se dirigió rápidamente hacia el aparato y lo descolgó Durante la última hora le habían llamado dos veces... una fue un número equivocado, y la otra para pedirle que asistiera a una cena de una sociedad femenina que odiaba cordialmente, pero a la que no pudo negarse.

—¡Diga! —gruñó.

Le respondió una voz femenina, dulce y acariciante, con ligero acento extranjero.

—¿Eres tú, cariño? —dijo en tono suave.

—Pues... er... no lo sé —dijo el señor Eastwood cautamente—. ¿Quién habla?

—Soy yo. Carmen. Escucha, cariño. Me persiguen... estoy en peligro... tienes que venir en seguida. Es cuestión de vida o muerte.

—Le ruego me perdone —dijo el señor Eastwood, cortés—. Me temo que se ha equivocado de...

Ella le interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¡Madre de Dios! Ya viene. Si descubren lo que estoy haciendo, me matarán. No me falles. Ven en seguida. Si no vienes será mi fin. Ya sabes, calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»... Silencio...

Oyó cómo cortaba la comunicación.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo —dijo el señor Eastwood muy asombrado.

Se acercó a su caja de tabaco para llenar la pipa.

—Supongo —murmuró— que debe haber sido algún extraño efecto de mi subconsciente. No puede haber *dicho* pepino. Este asunto es extraordinario. ¿Dijo pepino, o no lo dijo?

Paseó de un lado a otro indeciso.

—Calle Kirk, 320. Quisiera saber qué será todo esto. Ella esperará que acuda otro hombre. Ojalá pudiera haberme explicado. Calle Kirk, 320. La contraseña es «pepino»... Oh, imposible, absurdo... habrá sido una alucinación de mi fatigado cerebro.

Contempló la máquina de escribir con odio.

—¿Para qué sirves tú? Quisiera saberlo. Te he estado mirando toda la mañana, y, ¿qué bien me has hecho? Un autor debe sacar sus argumentos de la vida real... de la vida real, ¿te enteras? Y ahora voy en busca de uno.

Y encasquetándose el sombrero salió del piso, después de dedicar una tierna mirada a su preciosa colección de ricos esmaltes.

La calle Kirk, como saben la mayoría de londinenses, es una arteria larga y apartada, dedicada principalmente a tiendas de anticuarios, donde se ofrecen toda clase de artículos a precios inverosímiles. Hay asimismo tiendas de cobre antiguo, cristalerías y géneros de diversas clases de segunda mano y de compraventa de ropas.

El número 320 era una tienda de cristal antiguo, y mil objetos de variadas formas ocupaban prácticamente lodo el espacio. Antonio tuvo que avanzar cautelosamente por el centro rodeado de vasos de vino, mientras sobre su cabeza oscilaban arañas y lámparas de cristal. Una mujer muy vieja, de aspecto truculento, estaba sentada al fondo de la tienda, y tenía un bigote incipiente que le hubiera envidiado más de un jovencito.

Al ver a Antonio, con una voz terrible dijo:

—¿Qué desea?

Antonio era un hombre joven que se acobardaba muy fácilmente, y en el acto preguntó el precio de algunos vasos tallados.

—Cuarenta y cinco chelines la media docena.

—Oh, vaya —exclamó Antonio—. Son muy bonitos, ¿verdad? ¿Y cuánto valen estos candelabros?

—Bonitos... Waterford antiguo. Se los dejaré por dieciocho guineas la pareja.

El señor Eastwood comprendió que se estaba metiendo en un lío. Al cabo de poco estaría comprando algo bajo la fuerza hipnotizadora de los ojos de aquella vieja. Y sin embargo, no osaba salir de la tienda.

—¿Y ese otro? —preguntó señalando un candelero.

—Treinta y ocho guineas.

—¡Ah! —dijo el señor Eastwood con pesar—. Eso es más de lo que puedo pagar.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó la vieja—. ¿Algo para un regalo de boda?

—Eso es —dijo Antonio agarrándose a la explicación—. Pero es una pareja muy difícil de contentar.

—Ah, bueno —dijo la vieja levantándose con aire resuelto—. Una bonita pieza de cristal viene bien a todo el mundo. Aquí tengo un par de botellas talladas... y este bonito juego de licor, lo más a propósito para una novia...

Durante los diez minutos siguientes, Antonio las pasó moradas. La vieja le tenía bien cogido, y le fue enseñando todas las piezas de cristal imaginables. Antonio estaba desesperado.

—Bonito, muy bonito —exclamaba sin cesar ante cada objeto que ella le obligaba a admirar. Al fin dijo apresuradamente—: Oiga, ¿tienen ustedes teléfono?

—No, no tenemos. Pero hay uno público en ese estanco de enfrente. Bueno, ¿qué ha dicho usted que escogía... la copa... o esos finos vasos antiguos?

Por no ser mujer, Antonio desconocía el arte gentil de salir de una tienda sin comprar nada.

—Será mejor que me lleve el juego de licor —dijo en tono lúgubre.

Le pareció lo más pequeño. Le aterrorizaba verse cargado con una araña.

Con amargura pagó el importe de su compra. Y entonces, mientras la vieja hacía el paquete, volvió a recuperar el valor. Al fin y al cabo, sólo le creería un excéntrico, y, ¿qué le importaba a él lo que pudiera pensar?

—Pepino —dijo con voz clara y firme.

La vieja interrumpió la operación de envolver el juego de licor.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho usted?

—Nada —se apresuró a mentir Antonio.

—¡Oh! Creí que había dicho pepino.

—Eso dije —replicó Antonio desafiante.

—Vaya —dijo la vieja—, ¿Por qué no lo dijo antes? Haciéndome perder el tiempo. Entre por esa puerta y suba arriba. Ella le está esperando.

Como en un sueño. Antonio cruzó la puerta indicada y luego subió una escalera muy sucia. Al final había otra puerta entreabierta que dejaba ver una salita diminuta.

Sentada en una silla, con los ojos fijos en el suelo, y expresión anhelante, hallábase a la sazón una muchacha.

¡Y qué muchacha! Ella sí que tenía la verdadera palidez marfileña de que tantas veces hablaba en sus libros. ¡Y sus ojos! ¡Qué ojos! No era inglesa, podía adivinarse a primera vista. Tenía un atractivo exótico que se mostraba incluso en la cara sencillez de sus vestidos.

Antonio se detuvo en el umbral de la puerta algo avergonzado. Había llegado el momento de las explicaciones... pero con un grito de alegría la joven se puso en pie, yendo a refugiarse en sus brazos.

—Has venido —exclamó—. Has venido. Oh, alabados sean todos los santos y la Divina Madona.

Antonio, que no era de los que desperdician las oportunidades, la secundó con fervor. Al fin ella se separó mirándole a los ojos con encantadora sencillez.

—Nunca te hubiera conocido. Te lo aseguro.

—¿No? —dijo Antonio con voz insegura.

—No, incluso tus ojos son distintos... y eres diez veces más guapo de como te había imaginado.

—¿De veras?

Antonio se decía para sus adentros: «Conserva la calma, muchacho, no pierdas la calma. La situación se va desenvolviendo muy bien, pero no pierdas la cabeza.»

—¿Puedo besarte otra vez?

—Pues claro —dijo Antonio de corazón—. Tantas veces como quieras.

Hubo un agradable intermedio.

«¿Quién diablo debe ser? —pensaba Antonio—. Espero que no se presente el individuo a quien ella espera. Es encantadora.»

De pronto la muchacha se separó de él con el terror reflejado en el rostro.

—¿No te habrán seguido hasta aquí?

—Cielos, no.

—Ah, pero son muy astutos. Tú no les conoces tan bien como yo. Boris es el mismísimo demonio.

—Pronto *cazaré a* Boris para ti.

—Eres un león... sí, un león. Y en cuanto a ellos son unos *canailles...* todos. ¡Escucha, *lo tengo*! Me hubieran matado si llegan a saberlo. Yo tenía miedo... no sabía qué hacer, y entonces me acordé de ti... Chiss, ¿qué ha sido eso?

Se había oído ruido en la tienda de abajo, e indicándole que permaneciera donde estaba, salió de puntillas a la escalera. Luego volvióse muy pálida y con los ojos desorbitados.

—*¡Madre de Dios!*[1]. Es la policía. Están subiendo. ¿Tienes un cuchillo? ¿Un revólver? ¿Algo?

—Querida mía, no esperarás en serio que asesine a un policía...

—¡Oh, pero tú estás loco... loco! Te detendrán y luego te colgarán del cuello hasta que mueras.

—-¿Tú crees que harán eso? —dijo el señor Eastwood sintiendo que un escalofrío recorría de arriba abajo su espina dorsal.

Se oyeron pasos en la escalera.

—Ahí vienen —susurró la muchacha—. Niégalo todo, es la única esperanza.

[1] En español en el original (Nota del traductor).

—Eso es bastante fácil —respondió Eastwood *sotto voce*.

Al minuto siguiente habían entrado dos hombres en la habitación. Vestían de paisano, pero tenían un porte autoritario, que hablaba de su profesión. El más bajo de los dos, un hombrecillo moreno de ojos grises, fue quien llevó la voz cantante.

—Conrado Fleckman, queda usted detenido —le dijo—, por el asesinato de Ana Rosenberg. Todo lo que diga podrá ser utilizado como evidencia contra usted. Aquí tiene la orden de detención y hará usted bien en acompañarnos sin resistencia.

Un grito semicontenido salió de labios de la joven, mientras Antonio daba un paso adelante con una sonrisa en los labios.

—Está usted en un error, agente —le dijo sin alterarse—. Mi nombre es Antonio Eastwood.

Los dos detectives parecieron no inmutarse lo más mínimo ante su declaración.

—Ya lo veremos después—dijo uno de ellos, el que no había hablado hasta entonces—. Entretanto, usted se viene con nosotros.

—Conrado —gimió la muchacha—. Conrado, no dejes que te lleven.

Antonio miró a los detectives.

—¿Me permitirán por lo menos que me despida de esta señorita?

Con más condescendencia de la que había esperado, los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, mientras Antonio arrastraba a la joven hasta la ventana, donde habló en tono bajo y con apremio:

—Escúcheme. Lo que dije es cierto. Yo no soy Conrado Fleckman. Cuando me telefoneaste debiste equivocarte de número. Me llamo Antonio Eastwood. Acudí con gusto a tu llamada porque... bueno, el caso es que vine.

Ella le miraba incrédula.

—¿Tú no eres Conrado Fleckman?

—No.

—¡Oh! —exclamó con desesperación—. ¡Y te he besado!

—Eso no importa —le aseguró Eastwood—. Ahora escúchame, yo me desharé de esta gente. Pronto probaré mi identidad. Entretanto, no te molestarán, y tú puedes advertir a ese dichoso Conrado. Después...

—¿Sí?

—Pues sólo esto. Mi número de teléfono es Northwestern 1473... y procura no equivocarte esta vez y armar líos.

Ella le dedicó una mirada encantadora entre sonrisas y lágrimas.

—No lo olvidaré... te aseguro que no lo olvidaré.

—Muy bien entonces. Adiós. Oye...

—¿Qué?

—Hablando de besos... una vez más no importará, ¿quieres?

Ella le echó los brazos al cuello y sus labios rozaron apenas los suyos.

—Me gustas... sí, me gustas. ¿Recordarás esto, ocurra lo que ocurra?

Antonio se desprendió de su brazo de mala gana, para aproximarse a sus perseguidores.

—Estoy dispuesto a acompañarles. Supongo que no detendrán a esta señorita...

—No, señor, quede tranquilo —repuso el detective más bajo en tono cortés.

«Estos hombres de Scotland Yard son muy correctos», pensó Antonio mientras les seguía por la estrecha escalera.

En la tienda no había rastro de la vieja, pero Antonio captó una respiración trabajosa procedente de una puerta que se abría al fondo, y adivinó que estaba escondida tras ella, observando con recelo el desarrollo de los acontecimientos.

Una vez en la oscuridad de la calle Kirk, Antonio exhaló un profundo suspiro antes de dirigirse al más bajo de los agentes.

—Ahora inspector... porque supongo que será usted un inspector...

—Sí, señor. Detective-inspector Verrall. Y éste es el detective-sargento Carter.

—Pues bien, inspector Verrall, ha llegado el momento de razonar... y de escucharme. Yo no soy Conrado como se llame. Mi nombre es Antonio Eastwood, como ya le dije, y soy escritor. Si quiere acompañarme a mi piso, creo que podré convencerle de mi identidad.

El tono de seguridad con que hablaba Antonio debió impresionar a los detectives, y por primera vez apareció una sombra de duda en el rostro de Verrall. Al parecer Carter era más difícil de contentar.

—Vaya —gruñó—. Pero según recordará usted esa joven le ha llamado «Conrado».

—¡Ah! Esa es otra cuestión. No me importa admitir ante ustedes que por... er... razones de mi incumbencia, me he hecho pasar por cierta persona llamada Conrado ante esa joven. Comprendan, es una cuestión privada.

—¿Bonita historia, eh? —observó Carter—. No, señor, usted se viene con nosotros. Para un taxi, Joe.

Detuvieron un taxi, y los tres hombres subieron a él. Antonio hizo el último intento dirigiéndose a Verrall por ser el más razonable de los dos.

—Escuche, mi querido inspector, ¿qué mal hay en que ustedes dos vengan a mi piso y vean si les digo la verdad? Pueden conservar el taxi si quieren... ¡es una oferta generosa! Y no tardaremos ni cinco minutos.

Verrall le miró con aire escrutador,

—Bueno —dijo de pronto—. Por extraño que parezca creo que dice la verdad. No me gustaría hacer el ridículo en la comisaría por habernos equivocado de hombre. ¿Cuál es su dirección?

—Brandenburg Mansions número cuarenta y ocho.

Verrall, inclinándose hacia delante, se la repitió al conductor. Los tres guardaron silencio hasta llegar a su destino. Carter se apeó entonces y Verrall hizo seña a Antonio para que le siguiera.

—No es preciso dar lugar a situaciones violentas —dijo al descender— Entraremos amigablemente como si el señor Eastwood hubiera invitado a un par de amigos a un aperitivo.

A Antonio le encantó aquella sugerencia, y su opinión respecto al Departamento de Investigación Criminal mejoró notablemente.

En la puerta tuvieron la suerte de encontrar a Rogers, el portero. Antonio le detuvo.

—¡Ah! Buenas tardes, Rogers —le saludó en tono casual.

—Buenas tardes, señor Eastwood —replicó el portero respetuoso.

Apreciaba a Antonio, que le trataba con una liberalidad no siempre imitada por sus convecinos.

Antonio se volvió cuando estaba ya al pie de la escalera.

—A propósito, Rogers —dijo como por casualidad— ¿Cuánto tiempo llevo viviendo aquí? Estaba discutiéndolo con estos amigos míos.

—Déjeme que piense, señor. Ahora debe hacer cosa de cuatro años.

—Lo que imaginaba.

Antonio dirigió una mirada de triunfo a los dos detectives. Carter gruñó, pero Verrall, sonreía abiertamente.

—Bien, aunque no es bastante —observó—. ¿Subimos?

Antonio les abrió la puerta de su piso con su llavín, y se alegró al recordar que su criado, Seamark, había salido. Cuantos menos testigos hubiera de aquella catástrofe, mejor.

La máquina de escribir estaba en el mismo sitio donde la dejara, y Carter, acercándose a la mesa, leyó el título escrito en el papel.

—«El misterio del segundo pepino» —anunció con voz truculenta.

—Una de mis historias —explicó con indiferencia.

—Esa es otra buena prueba, señor —dijo Verrall inclinando la cabeza—. A propósito, señor, ¿de qué se trata? ¿Cuál era el misterio del segundo pepino?

—Ah, ahí tiene usted —repuso Antonio—. Es ese segundo pepino el que tiene la culpa de haber armado todo este jaleo.

Carter le miraba fijamente y de pronto, tocándose la frente significativamente, exclamó:

—Está trastornado, pobre hombre.

—Y ahora, caballeros —apresuróse a decir Eastwood—, pasemos a lo que importa. Aquí tienen cartas dirigidas a mí, mi libro de cheques, comunicaciones de mis editores. ¿Qué más desean?

Verrall examinó los papeles que Antonio le había confiado.

—Por mí —le dijo con respeto—, no deseo nada más, señor. Estoy plenamente convencido, pero no puedo asumir la responsabilidad de soltarle. Comprenda, aunque parezca seguro que usted ha estado viviendo

aquí como el señor Eastwood durante algunos años, es posible que Conrado Fleckman y Antonio Eastwood sean la misma persona. Debo registrar el piso, tomar sus huellas dactilares, y telefonear a Jefatura.

—Me parece un programa muy razonable —observó Antonio—. Les aseguro que les darán la bienvenida todos los secretos culpables que puedan encontrar.

El inspector sonrió. Para ser detective era una persona muy humana.

—¿Quiere usted pasar a la otra habitación, con Carter, mientras yo me ocupo del registro?

—De acuerdo —dijo Antonio complaciente—. ¿Y no podría ser al contrario...?

—¿Cómo dice?

—Yo preferiría que usted, yo y un par de whiskys ocupáramos la habitación contigua mientras nuestro amigo el sargento lleva a cabo el registro.

—¿Usted lo preferiría así, señor?

—Sí, lo prefiero.

Dejaron que Carter investigara el contenido del escritorio con destreza profesional, y mientras se dirigían a la otra habitación le oyeron coger el teléfono para llamar a Scotland Yard.

—Así está mejor —dijo Antonio, colocando un vaso de whisky y sifón junto a su butaca, después de haber servido al inspector Verrall—. ¿Quiere que beba yo primero para demostrarle que el whisky no está envenenado?

El detective sonrió.

—Todo esto es muy irregular —observó—. Pero en nuestra profesión se aprenden algunas cosas. Por ejemplo, desde el primer momento comprendí que nos habíamos equivocado, pero, naturalmente, hay que observar las fórmulas establecidas. Nadie puede escapar a los formulismos, ¿no le parece, señor?

—Lo supongo —repuso Antonio con pesar—. Aunque el sargento todavía no parece muy convencido, ¿verdad?

—Ah, es un hombre muy delicado, el detective-sargento Carter. No le sería fácil engañarle.

—Ya lo he observado —replicó Antonio—. A propósito, inspector —agregó—. ¿No podría enterarme un poco de lo que ocurre?

—¿En qué sentido, señor?

—Vamos, ¿no comprende que me está devorando la curiosidad? ¿Quién era Ana Rosenberg, y por qué la asesinó?

—¡Mañana lo leerá todo en los periódicos, señor!

—«Mañana puede tener diez mil años más» —recitó Antonio—. Creo que puede usted satisfacer mi legítima curiosidad, inspector. Deje a un lado sus escrúpulos oficiales, y cuéntemelo todo.

—Esto es muy irregular, señor.

—Mi querido inspector, ¿ahora que estábamos siendo ya tan amigos?

—Bien, señor. Ana Rosenberg era una judía alemana que vivía en Hampstead, y sin visibles medios de vida, cada año era más rica.

—A mí me ocurre lo contrario —comentó Antonio—. Tengo medios visibles de vida y cada año estoy más pobre. Tal vez sería mejor que me fuese a vivir a Hampstead. Siempre oí decir que Hampstead es muy acogedor.

—Hace tiempo —continuó Verrall—, se dedicaba a la compraventa de ropas usadas...

—Eso lo explica todo —le interrumpió Antonio—. Recuerdo haber vendido mi uniforme después de la guerra... no el caqui, sino el de gala. Todo el piso estaba lleno de calzones rojos y galones dorados, esparcidos por doquier para que se vieran. Un hombre gordo vestido de empleado vino a casa con una maleta. Me pagó una libra con diez por todo. Al fin le di también una cazadora y unos prismáticos para hacer las dos libras. Lo metió todo dentro de una maleta, y luego me entregó un billete de diez libras pidiéndome cambio.

—Hará cosa de diez años —continuó el inspector—, en Londres había varios refugiados políticos españoles... y entre ellos un tal Fernando Ferráez con su joven esposa y una niña. Eran muy pobres, y la esposa estaba enferma. Ana Rosenberg visitó el lugar donde estaban hospedados para preguntarles si tenían algo que vender. Don Fernando había salido y su esposa decidió deshacerse de un precioso chal bordado maravillosamente, y que había sido uno de los últimos regalos que le hiciera su esposo antes de huir de España. Cuando don Fernando regresó se puso furioso al saber que había vendido el chal, y trató en vano de recuperarlo; cuando al fin consiguió dar con aquella vendedora de ropas de segunda mano, ésta declaró que había vuelto el vender el chal a una mujer cuyo nombre desconocía. Don Fernando estaba desesperado. Dos meses después lo apuñalaron en la calle, y falleció a consecuencia de sus heridas. Ana Rosenberg nadaba en la abundancia... cosa sospechosa. Y durante los diez años siguientes, su casa de Hampstead fue asaltada por lo menos ocho veces. Cuatro atentados fueron frustrados y no se llevaron nada, pero las otras veces tuvieron éxito y entre otras cosas se llevaron un chal bordado.

El inspector hizo una pausa, y luego, obedeciendo a un gesto apremiante de Antonio, continuó:

—Hace una semana, Carmen Ferráez, la hija de don Fernando, llegó a este país procedente de un convento de Francia; y su primera acción fue buscar a Ana Rosenberg en Hampstead. Se sabe que tuvo una escena violenta con la vieja, y las palabras que le dijo al marcharse fueron oídas por una de las criadas. «Usted lo tiene todavía —exclamó—. Todos estos años se ha estado haciendo rica con él... pero le aseguro solemnemente que al final le traerá mala suerte. No tiene derecho moral sobre él, y llegará un día en que deseará no haber visto nunca el Chal de las Mil Flores.» Tres días después de esto, Carmen Ferráez desapareció misteriosamente del hotel donde se hospedaba. En su habitación se encontró un nombre y una dirección... el nombre era el de Conrado Fleckman, y también una nota de un hombre que resultó ser un anticuario, preguntándole si estaba dispuesta a desprenderse de cierto chal bordado que él creía estaba en sus manos. La dirección que se mencionaba en la nota era falsa. Está bien claro que el chal

es el centro de todo el misterio. Ayer mañana, Conrado Fleckman visitó a Ana Rosenberg. Estuvo con ella cosa de una hora o más, y cuando se marchó ella viose obligada a acostarse, tan pálida y excitada quedó después de la entrevista, pero dio orden de que si él volvía a verla le recibiría. La noche pasada se levantó para salir a eso de las nueve, y ya no volvió. Esta mañana la encontraron en la casa ocupada por Conrado Fleckman con una puñalada en el corazón. Y en el suelo junto a ella... ¿qué cree usted que había?

—¿El chal? —susurró Antonio—. El Chal de las Mil Flores.

—Algo mucho más espeluznante. Algo que explicaba todo el misterioso asunto del chal y descubría su oculto valor... Perdóneme, supongo que debe ser el jefe...

Desde luego acababan de llamar a la puerta, y Antonio contuvo su impaciencia lo mejor que le fue posible, y esperó el regreso del inspector. Ahora estaba bien tranquilo respecto a su posición. En cuanto le tomaran las huellas dactilares comprenderían su error.

Y entonces tal vez... le telefonease Carmen...

¡El Chal de las Mil Flores! Qué historia más extraña... la clase de misterio que correspondía a la exquisita belleza morena de la joven. Despertó de sus sueños. Qué pesado era aquel inspector. Se levantó abriendo la puerta. El piso estaba en silencio. ¿Se habrían marchado? No era posible que ni siquiera se hubiesen despedido.

Entró en la habitación contigua. Estaba vacía... igual que el saloncito. ¡Con un vacío extraño! Todo tenía una curiosa apariencia destartalada. ¡Cielo Santo! ¡Sus esmaltes... la plata!

Corrió como un loco por todo el piso; en todas partes encontró la misma respuesta. Le habían desvalijado. Todo lo de valor, y Antonio era un buen coleccionista de objetos de buen gusto, había desaparecido.

Antonio se dejó caer en una butaca escondiendo la cabeza entre las manos con un gemido, hasta que le despertó el timbre de la puerta, y al abrirla encontróse con Rogers.

—Me perdonará el señor —dijo el portero—. Pero esos caballeros me dijeron que subiera a ver si deseaba alguna cosa.

—¿Qué caballeros?

—Esos dos amigos suyos, señor. Yo les ayudé a embalar lo mejor que pude. Por suerte tenía dos buenas maletas en el sótano —sus ojos inspeccionaron el suelo—. He barrido la paja lo mejor que he podido, señor.

—¿Embalaron las cosas aquí? —gimió Antonio.

—Sí, señor. ¿No era lo que usted quería, señor? Fue el caballero más alto el que me lo dijo, y al ver que usted estaba muy ocupado hablando con el otro caballero en esa habitación, no quise molestarle.

—No estaba hablando con él —repuso Antonio—, era él quien hablaba conmigo... maldito sea.

Rogers carraspeó.

—Le aseguro que siento mucho su necesidad, señor.

—¿Qué necesidad?

—La de separarse de sus pequeños tesoros, señor.

—¿Eh? ¡Oh, sí! ¡Ja, ja! —lanzó una risa forzada—. Supongo que ahora ya se habrán marchado... Me refiero a esos amigos míos.

—Oh, sí, señor, ya hace rato. Les llevé las maletas hasta el taxi, y el caballero alto volvió a subir, y luego bajaron los dos corriendo y se fueron en seguida... Perdone, señor, ¿pero ocurre algo malo?

Rogers podía preguntarlo. El profundo gemido que exhaló Antonio habría despertado la compasión en cualquier parte.

—Todo ha sido un error. Gracias, Rogers. Pero comprendo que usted no tiene la culpa. Déjeme solo, quisiera charlar un rato con mi teléfono.

Cinco minutos más tarde vemos a Antonio relatando lo ocurrido al inspector Driver, que se hallaba sentado ante él con el bloc de notas en la mano. El inspector Driver era un hombre antipático (reflexionó Antonio), y no parecía un auténtico inspector. Otra sorprendente muestra de la superioridad del Arte sobre la Naturaleza. Antonio llegó al término de su narración, y el inspector cerró su libro de notas.

—¿Y bien? —preguntó Antonio nervioso.

—Está claro como el día —dijo el inspector—. Es la banda Patterson. Han realizado muy buenos golpes últimamente. Un hombre alto y rubio, y otro moreno y menudo, y la chica.

—¿La chica?

—Sí, morena y guapísima. Por lo general actúa de cimbel.

—¿Una... chica española?

—Es posible que se haga pasar por española. Nació en Hampstead.

—Yo dije que era un lugar muy acogedor —murmuró Antonio.

—Sí, está bien claro —dijo el inspector levantándose para marchar—. Marcó su teléfono y le contó una historia... adivinando que usted acudiría en seguida. Luego se va a ver a mamá Gigsono, quien acepta una propina por dejarle utilizar su habitación, creyendo que le resulta embarazoso encontrarse en público con sus... amantes, ¿comprende? Nada criminal. Usted cae en la trampa, luego le traen aquí, y mientras uno de ellos le cuenta un cuento, el otro se escabulle con el botín. Son los Patterson, no cabe duda... lleva su marca.

—¿Y mis cosas? —preguntó Antonio intranquilo.

—Haremos lo que podamos, señor, pero los Patterson son extraordinariamente astutos.

—Eso parece —replicó Antonio con amargura.

El inspector se marchó, y apenas acababa de salir, cuando encontróse ante un botones que traía un paquete.

—Esto es para usted, señor.

Antonio lo tomó con cierta sorpresa. No estaba esperando ningún paquete, y al volver a la salida, cortó el cordel que lo ataba.

¡Era el juego de licor!

—¡Maldición! —exclamó Antonio.

Luego observó que en el fondo de uno de los vasos había una diminuta rosa artificial, y su pensamiento voló en seguida hacia la habitación superior de la calle Kirk.

—«Me gustas... sí, me gustas. ¿Recordarás esto ocurra lo que ocurra, verdad?»

Eso es lo que ella había dicho. *Ocurra lo que ocurra...* ¿Acaso quiso decir...?

Antonio se contuvo.

—Esto no vale —se reprendió con severidad. Sus ojos repararon en la máquina de escribir, y fue a sentarse ante ella con aire resuelto.

EL MISTERIO DEL SEGUNDO PEPINO

Su rostro volvió a adquirir una expresión soñadora. El Chal de las Mil Flores. ¿Qué sería lo que encontraron en el suelo junto al cadáver de la víctima? ¿Aquella cosa espeluznante que explica todo el misterio?

Nada, naturalmente, puesto que todo había sido una farsa para retener su atención y aquel falso policía había empleado el truco de *Las mil y una noches,* interrumpiéndose en el momento más interesante. ¿Pero acaso no podría haber algo espeluznante que explicase aquel misterio? ¿Por qué no... si uno se lo proponía?

Antonio arrancó la hoja de papel que había en la máquina, sustituyéndola por otra en la que escribió este encabezamiento:

EL MISTERIO DEL CHAL ESPAÑOL

Lo contempló unos minutos en silencio... Y luego empezó a escribir rápidamente...